

19. Llegar juntos al destino

"Nada absolutamente antepondrán a Cristo; y que él nos lleve a todos juntos a la vida eterna " (RB 72,11-12).

En estos dos últimos versículos del capítulo 72 sobre el buen celo que deben tener los monjes, San Benito resume y sintetiza lo que es para él la vida monástica y, por tanto, la vida cristiana, puesto que la vida monástica educada y formada por la Regla no quiere ser sino un llegar hasta el fondo de la vida cristiana. Es por eso por lo que tantos laicos se sienten ayudados por la Regla para vivir su vocación, a veces casi más y mejor que nosotros, monjes y monjas...

En la adhesión a Cristo, nuestra salvación y plenitud total de vida, somos conducidos, acompañados, guiados a la vida eterna, precisamente para conocer al Padre y al Hijo en la gloria de la comunión de la Trinidad. Al final de la Regla, San Benito nos recuerda nuestro destino final, pero también, en la misma oración, nos recuerda que estamos en camino, y caminando *juntos*. Si debemos alcanzar todos juntos la vida eterna, esto significa que el camino también debemos hacerlo juntos. La Regla, para expresar la idea de "juntos" usa el adverbio "*pariter*". Casi se tiene la impresión de que se trata de una carrera deportiva en la que se debe llegar juntos a la meta, en la que el resultado debe ser "empate", en la que todos llegan primero, o todos últimos, pues es lo mismo. Y es como si todo el espíritu competitivo de la carrera consistiera en el esfuerzo de llegar junto con los demás, no dejar a nadie atrás y, sobre todo, de no querer llegar a la meta sin los hermanos.

Es como si San Benito quisiera inculcarnos la preocupación del destino de los otros al mismo tiempo que nos preocupamos por el nuestro. ¡Qué importante es esto en la vida monástica! No hay nada peor que preocuparse por y cuidar el ascetismo personal olvidando el progreso de los propios hermanos y hermanas. Y esto no solo debe aplicarse a los hermanos y hermanas de la propia comunidad, sino a los hermanos y hermanas de toda la Iglesia y también a los de toda la humanidad. Si no alcanzamos la santidad y vamos al Cielo *pariter*, con todos, significa que tampoco nosotros vamos a llegar a allí.

Me imagino el Juicio al final de nuestras vidas, y al final del mundo, como un encuentro con Jesús, que abriéndonos la puerta al Paraíso y antes de mirarnos a la cara, mirará a nuestro alrededor para ver si también todos nuestros hermanos y hermanas con quienes nos hizo andar están allí *pariter*, con nosotros, para entrar en el Reino. Si este no fuera el caso, imagino que Jesús nos mirará decepcionado y triste y nos dirá: "Pero ¡cómo! ¿vienes solo? ¿No viene nadie contigo? ¿Tu fe, tu ascetismo, solo te han servido para ti? ¿No has progresado junto con los demás? ¿No compartiste tu sed de destino final con tu vecino? ¿Con los hermanos y hermanas de tu comunidad? ¿Con tu esposo o tu esposa? ¿Con tus hijos? ¿Con tus amigos? ¡Y mira que te dije que el amor por el destino debe ser compartido incluso con los enemigos! ¿No viste que yo mismo no quería volver al Padre sin el ladrón

crucificado conmigo, sin Adán y Eva y las almas del inframundo? Lo siento, pero no estás listo para entrar en el Reino, tienes que ir un poco al Purgatorio, y este consistirá en esperar a los hermanos que dejaste atrás, rezando y ofreciendo por ellos. Cuando puedas presentarte con ellos, te abriré la puerta del Cielo y tendrás un lugar conmigo en la comunión del Padre. Porque, debes saber esto, en el Paraíso no hay asientos individuales, no hay tribunas particulares, sino solo asientos colectivos, mesas donde solamente se puede comer juntos, espacios de comunión".

En la Regla, el adverbio "*pariter*" se usa solo cuatro veces, pero todas significativas para el misterio que estamos indagando.

Aparece la primera vez en el capítulo 20, que trata de la reverencia que debemos tener en la oración. Benedicto nos recuerda que, si queremos pedirle algo al Señor, debemos hacerlo "con toda humildad y pura devoción" (RB 20,2), sin multiplicar las palabras, pero con sencillez de corazón y el sentimiento de nuestra miseria, por lo que no debe ser una oración larga (cf. 20,3-4). Luego concluye diciendo: "Mas la oración en común abréviase en todo caso, y, cuando el superior haga la señal para terminarla, levántense todos a un tiempo – *omnes pariter surgant*" (20,5).

La unidad en la oración, incluso en su finalización, es un signo y educación de nuestro estar unidos en la presencia de Dios, unidos en reconocer nuestra miseria ante Él y expresar la confianza de que Él nos escucha y nos salva.

Más allá, el término *pariter* se usa en el capítulo 49 dedicado a la observancia de la Cuaresma, y todavía cuando se trata del camino de conversión que debemos hacer juntos, no solo en la comunidad, sino con toda la Iglesia. San Benito, después de haber dicho que la vida de un monje debería siempre ser vivida en espíritu cuaresmal (no solo en relación a la penitencia, sino más bien como un deseo de Pascua), pide que al menos en la Cuaresma "todos juntos [*omnes pariter*] lleven una vida íntegra en toda pureza y que en estos días santos borren las negligencias del resto del año" (RB 49,2-3).

Por lo tanto, aquí también existe la idea de que es juntos como debemos convertirnos para participar juntos en la alegría de la Pascua.

El tercer pasaje en el que se usa el adverbio *pariter*, de manera significativa igualmente, se encuentra en el capítulo 53 sobre la recepción de los huéspedes. Aquí, después de haber dicho que los huéspedes deben ser recibidos como a Cristo, San Benito pide que, tan pronto como se anuncie al huésped, el superior y los hermanos se reúnan con él "*cum omni officio caritatis* – con todas las atenciones de la caridad" (RB 53,3). Pero lo primero que debe hacer la comunidad con el huésped, incluso para evitar posibles "engaños diabólicos – *illusiones diabolicas*" (53,5), es rezar juntos: "*et primitus orent pariter et sic sibi socientur in pace* - lo primero que harán es orar juntos, y así darse mutuamente el abrazo de la paz" (53,4).

Este orar juntos es sobre todo una dilatación de la comunión de oración de la comunidad al mundo exterior que viene a pedir paz. La paz no es algo abstracto, sino una forma de estar unidos, de estar "asociados" (*societur*), de ser "socios", compañeros de vida y de camino. Ser capaz de comunicarse en la oración, poder compartir con un extraño la oración que ya une a la comunidad, crea comunión, exorciza las divisiones que el "*diabolus*", el "divisor" fomenta entre los hombres. Ya hemos visto esto cuando hablamos del eremita (cf. RB 1,4-5).

Y esto permite reconocer y amar a Cristo en nuestro hermano hasta el punto de poder "adorarlo" en él: "adorarán en ellos [en los huéspedes] a Cristo, a quien reciben" (53,7).

Uno podría resumir a la luz de los cuatro puntos en los cuales la Regla usa "*pariter* – juntos", que la posibilidad de ser llevados todos juntos por Cristo a la vida eterna (72,12) crece en un camino en el cual uno es educado para rezar juntos, tanto en comunidad como con todos, y a convertirse juntos de nuestras deficiencias. Sin embargo, se trata siempre, de estar unidos en el reconocimiento de nuestra miseria, y de que es el Señor quien viene a salvarnos, llevándonos a todos al destino de la vida eterna que solo Él puede darnos, porque podemos vivirla solo en comunión con Él, de hecho: es la comunión con Él.